

“No hay quien pueda pensar por otro”. Entrevista a Walter O. Kohan

Juan Pablo Álvarez¹

CIFICH – Universidad de Chile

Durante los siempre calurosos días de julio, en la ciudad de Río de Janeiro, fue realizada esta conversación con uno de los filósofos más activos y relevantes de la Filosofía con Niños y Niñas, corriente orquestada precisamente desde su experiencia desde Latinoamérica pero nutrida de un diálogo constante con muchas otras voces, especialmente en sus inicios, con quien fuera su maestro, amigo y creador del Programa *Philosophy for Children*, el filósofo estadounidense Matthew Lipman.

Es día jueves, o “quinta-feira” en portugués, pero con Walter no hay inconvenientes de idioma, él habla *en argentino* y con gran cordialidad nos abre las puertas de su casa. Luego de la cena iniciamos nuestra entrevista.

Juan Pablo Álvarez: *Walter, te propongo hacer esta entrevista como una suerte de desplazamiento por la denominación “Filosofía con Niños y Niñas”, comenzando así por el término “Filosofía”, luego ahondando en el “con” de la filosofía y terminando en el “niños y niñas”. Por último te propongo abordar algunas cuestiones de orden práctico, en torno a la realización de talleres filosóficos.*

Entonces, comencemos por tu biografía intelectual: ¿qué te llevó a la filosofía y si aquello que te llevó es lo mismo que te mantiene en ella

¹ Doctor © en Filosofía Moral y Política – Becario CONICYT, Universidad de Chile. Coordinador de la Comunidad de Indagación en Filosofía e Infancia en Chile, CIFICH, Universidad de Chile. Profesor en la Universidad de Valparaíso y Universidad Tecnológica Metropolitana.

actualmente?.

Walter Kohan: Yo creo que sí, que es lo mismo. Lo que me llevó a la filosofía fue una necesidad de entender, de dar sentido al mundo, a la vida, a lo que pasa, y eso yo creo que de alguna manera me atrajo de Filosofía para Niños. Cuando conocí la propuesta, que fue en el año 92, yo estaba justamente cuestionándome si lo que estaba haciendo en filosofía tenía que ver con lo que había ido a buscar. Yo era profesor asistente de la Universidad, de Trabajos Prácticos, de Filosofía Antigua, y lo que hacía me gustaba mucho, pero estaba muy distante de aquello que me había llevado a la filosofía, se había vuelto una cosa de un grupo muy reducido, muy selecto, muy específico y que discutía cosas bastante alejadas del mundo, y entonces esta idea de filosofía para niños, esta idea de trabajar en las escuelas, de trabajar con niños, es decir, fuera del ámbito de los profesionales, o del ámbito de los que quieren volverse filósofos, de los que están estudiando o de los que son filósofos, vino de alguna manera a recuperar esa expectativa de que la filosofía tendría algo que ver con la vida, con el mundo, con lo que pasa. Yo creo que eso es lo que me mantiene. Ahora trabajo en una Facultad de Educación, en un Programa de Posgrado en Educación y cuando participo en actividades en Departamentos de Filosofía o en Congresos u Eventos, a veces siento nuevamente esa distancia, eso de que en la filosofía académica mucha gente está en un universo muy alejado del mundo de la vida o de lo que pasa y entonces me mantengo contento en lo que hago.

J.P.A.: *Respecto de la cotidianidad de la vida, justamente mi segunda pregunta tenía que ver con ello: ¿qué tiene que ver la filosofía con la vida?. Y creo que en parte ya lo has respondido, pero uno podría insistir en que, de todos modos, el trabajo que hacen desde esos Departamentos de Filosofía los profesores dedicados exclusivamente a estudiar el pensamiento de los filósofos, no deja de ser también parte de la vida...*

W.K.: Sí, lo que pasa es que es una dimensión de la vida bastante peculiar. Hay una cosa interesante que dice Foucault, en los últimos cursos, donde él estudia el fenómeno de la *parresía*, el decir verdadero, y busca las raíces en los griegos, en Sócrates y los Cínicos, y dice que la filosofía puede ser como nosotros la entendemos comúnmente en la academia, es decir como la hermenéutica o la interpretación de los textos de los filósofos, o puede ser como sostiene otra tradición, que él retrotrae también hasta Sócrates y que hace de la filosofía una actividad que tiene que ver sobretodo con hacer de la propia vida el

principal problema filosófico, o sea, sobre “el cómo se debe vivir”, que es precisamente lo que hace Sócrates en el *Laques*.

Para Foucault Sócrates es el maestro del cuidado de sí. En el *Alcibíades* el cuidado de sí se entiende como el cuidado del alma, de lo más elevado que tiene el ser humano, según Sócrates. Ahí en el diálogo con Alcibíades, Alcibíades es alguien que quiere ser un político, que quiere gobernar a los otros y entonces para lograr tal propósito Sócrates le dice que para gobernar a los otros tiene que gobernarse primero a él mismo y para gobernarse a él mismo tiene que conocerse. Y conocerse significa conocer la parte más importante de sí mismo, que es el alma. Entonces ahí vemos como a la filosofía se le concibe como una actividad intelectual o como una labor de autoconocimiento.

En cambio en el *Laques*, que es un diálogo que tiene que ver también con la educación, en el cual Sócrates conversa con Nicias y Laques sobre cómo educar a los jóvenes atenienses, la cuestión tiene que ver con que el educador debe poder dar cuenta de sí mismo, pero poder dar cuenta de sí mismo ya no significa, como en el *Alcibíades*, conocerse, sino que significa dar cuenta de por qué se vive de una manera y no de otra, de por qué se ha elegido la vida que se ha elegido.

Esta última es una tradición que en la historia de la filosofía aparece medio escondida, con poca notoriedad, pero que ha existido siempre... en Montaigne, en fin, en mucha gente. Es decir, desde siempre la filosofía ha existido como un intento de justificar, de encontrar sentido a la vida, de por qué se vive de la manera que se vive, de por qué llevamos la vida que hoy llevamos.

Yo creo que la práctica de la filosofía con niños tiene mucho más que ver con esa tradición que con la filosofía como hermenéutica de los textos filosóficos.

JP.A.: *Entonces quizás podríamos decir que la filosofía con niños es más bien una experiencia de sentido, que se pone en juego en el propio hacer.*

Ahora bien, suele ocurrir en algunos colegios, al menos en Chile, que ofrecen Filosofía para Niños como una suerte de “gancho” dentro del marketing educativo, cuya promesa reside en alcanzar resultados y rentabilidades del tipo “niños más inteligentes, más hábiles, etc.” es decir, que lo filosófico, (quizás porque está fuertemente asociado a la lógica), no vale en sí mismo sino como medio para otros fines. Mi pregunta entonces

es si ¿tiene algo de eso la filosofía con niños, pretende algo así?

W.K.: O sea, eso que pasa en Chile se hace en muchos otros lados también. Es decir, a la filosofía se la toma como una técnica, como un ejercicio, y se construye un discurso encima de la idea de que los chicos con esa técnica serán mejores empresarios o emprendedores más exitosos. Claro, la filosofía o el pensamiento crítico, creativo, todo eso, está puesto o puede ser puesto en función de ese discurso del mercado, puede ser puesto en función de que va a potenciar la capacidad de un niño de insertarse en la sociedad, de ser más exitoso, de ser mejor sucedido, de conseguir mejor sus metas, en fin, puede ser colocado en ese aspecto.

Pero la filosofía también tiene una dimensión que es que cuando tú de verdad te pones a pensar, si no lo haces como un juego técnico sino que de verdad entras en el juego del cuestionarte, de ponerte a ti mismo en cuestión, no como un ejercicio para pensar más hábilmente sino como un ejercicio para problematizar lo que sos y la manera en que vives, yo creo que en ese caso la filosofía puede darle otra dimensión a tu vida, puede hacer que tu vida se vuelva una vida más abierta a ese ejercicio del pensamiento, no tanto en lo que vos vas a conseguir, no tanto en los logros, no tanto en lo que te va permitir hacer, sino en el tipo de vida que va a estar afectada por el pensamiento. Como dice Sócrates, “una vida sin examen no merece ser vivida”, o sea una vida que se cuestiona a sí misma todo el tiempo yo creo que va a tener otra cualidad de vida que una vida que simplemente ejercita el pensamiento para alcanzar fines externos al propio pensamiento y que ya están dados de antemano. En este último caso, no se puede prometer nada, no sabés lo que va a provocar el pensamiento, el compromiso no se hace con nada externo que el pensamiento va a permitir alcanzar sino, digamos, con una especie de confianza en la propia experiencia de pensar.

J.P.A.: Filosofía y su relación con los niños logra su mayor notoriedad a través de la propuesta de Matthew Lipman, y se masifica traduciéndose a varios idiomas y logra que el Programa se aplique actualmente en muchos países del mundo. Pues así como ese fue un gran hito, materializando un vínculo entre niños y filosofía, ¿qué otros vínculos posibles ves que pueden hacerse desde la filosofía y que aún no se han hecho?

W.K.: En realidad ahora hay gente haciendo cosas muy distintas, hay personas haciendo filosofía en las cárceles, filosofía y cine, tea-

tro, con tercera edad también, con desocupados, hay muchas cosas. En realidad la infancia yo creo que es casi como una metáfora. Yo no le veo mucha importancia a la infancia en el sentido de edad cronológica, o sea, no me parece que tenga que ver con ser cronológicamente un niño o una niña, me parece que no es una cuestión de edad, es decir, lo que nosotros planteamos, o esta manera de entender la filosofía como un ejercicio, en cierto modo no depende de la edad que tiene el otro, es decir, se puede hacer cuando se tiene edad de niño pero también cuando se tiene edad adulta. Claro que hacerla con niños y niñas tiene un interés específico, propio de los inicios, de quien ve el mundo como si fuera la primera vez o, al menos, sin tantos preconceptos como cuando ya se lo han mostrado algunas veces.

En ese sentido, hay una dimensión en el que un niño, una niña, usualmente son como más afines a la filosofía, son como más proclives a la pregunta, están menos estropeados que nosotros, es decir, han pasado menos por la socialización o por las escuelas. Así, hay un cierto momento en que el pensamiento brota como más potente, más ingenuo en el sentido afirmativo de sin tantos preconceptos. También está este momento de las preguntas, de ver el mundo como si fuera la primera vez o pensar el mundo como si fuera la primera vez, pensar la vida de manera más inmediata y espontánea. Un niño o una niña está en cierto sentido comenzando a vivir, entonces esa pregunta por cómo debe vivir está más a flor de piel. Mientras que nosotros, con los roces de la vida y las personas adultas, ya tenemos como una coraza que se ha formado para justificar una vida, para dar excusas, para conformarse con una vida. En este sentido la infancia cronológica suele tener un tipo de ventaja o una fuerza mayor. Fijáte que digo “suele tener” porque es notorio que no todos los niños y niñas están en esa condición infantil.

Creo que en realidad la filosofía es una cosa para todo el mundo, creo que esto que ha propuesto Lipman, la Filosofía para Niños, es más bien una cosa de sacar a la filosofía del corsé académico de las instituciones y ponerla a jugar en las instituciones educativas como una herramienta de pensamiento más allá de la edad que se tenga. Yo no creo que la infancia cronológica en ese sentido sea una cosa decisiva.

J.P.A.: *Aún cuando las instituciones educativas puedan seguir pensando que incorporan la filosofía para tener estudiantes más talentosos intelectualmente...*

W.K.: Sí sí sí, yo creo que si uno sigue la lógica de la escuela está perdido. La filosofía en la escuela no es fácil, porque la escuela tiene sentidos sociales muy claros y difíciles de no seguir.

JP.A.: *Hace un par de años atrás, durante un Seminario de Filosofía con Niños y Niñas que realizamos en la Universidad de Valparaíso, mientras hablaba acerca de la experiencia reflexiva que propicia la filosofía vinculada con la infancia, desde los asistentes levantan la mano un profesor de música y una profesora de arte para preguntar una cuestión muy parecida entre ambos, y es que no les quedaba claro cuál era la diferencia de esta experiencia reflexiva que la filosofía promueve, frente a lo que ellos también intentan hacer cada día en sus clases, es decir, generar instancias de reflexión a partir de una experiencia artística y a partir de una experiencia musical.*

Entonces la pregunta sería, frente a estas disciplinas familiares, ¿qué tendría de particular, si es que lo tiene, la experiencia reflexiva que la filosofía propicia?.

W.K.: No es fácil la pregunta. Yo no tengo claro cuál es la especificidad. Por un lado porque la relación de la filosofía con las artes es esencial, o sea, la filosofía es una forma de arte; por otro lado porque uno está muy acostumbrado a estas cosas disciplinares: la filosofía, el arte, el teatro... pero si uno fuera un poco más honesto, si uno olvidara estas cosas disciplinares, la filosofía estaría mucho más mezclada con el arte y la diferencia sería menos visible. Me parece que es muy difícil separar el ejercicio del pensamiento filosófico del literario, o del artístico.

Por varias razones no es fácil distinguir y no sé si es tan interesante hacerlo. Pero por otro lado, uno puede decir que la diferencia es la propia filosofía. Desde Sócrates por ejemplo, para nombrar a alguien que hace de la filosofía una actividad pública, dialogada con otros, uno tiene a esta gente que hace algo que no es lo que hacen los artistas, que no es lo que hacen los escritores, y que tiene que ver con un trabajo del pensamiento sobre el propio pensamiento. Ahí tal vez haya alguna diferencia respecto de la música por ejemplo o de la pintura o de las otras artes, donde existe un objeto de trabajo más específico y diferenciado, es decir, la armonía en el caso de la música o el color en el caso de la pintura, en fin, podríamos decir que por su inespecificidad en relación con el pensamiento la filosofía es específica y también por el tipo de ejercicio de pensamiento que propone.

La filosofía se puede hacer sobre cualquier cosa. La filosofía casi que no tiene objeto. Y yo no creo que haya otra disciplina que pueda decir esto. Ahora bien, uno puede decir que a veces hay más filosofía en los escritores que en los filósofos académicos y puede ser cierto, pero en todo caso uno se relaciona con los escritores en la medida que están haciendo filosofía, es decir, en la medida que están haciendo su trabajo sobre el pensamiento, que desde Sócrates atribuimos a ese nombre.

El nombre filosofía también es interesante porque indica una relación al saber, o sea la *philosophia* no es *sophia*, no es un saber, es un saber del deseo, un deseo de saber, y esto tal vez sea específico, y tal vez sea único, pues la filosofía tiene esa libertad para preguntar, para quedarse en las preguntas, para hacer que las preguntas prevalezcan, para no preocuparse demasiado con saber, sino con desear saber, que es justamente la diferencia... que no sé si otras disciplinas pueden afirmar tan tranquilamente.

JP.A.: *¿Y cómo se enseña el deseo de saber?, ¿se puede enseñar a desear?*

W.K.: Bueno no, no se enseña. Se hace haciendo, en el propio hacer.

JP.A.: *¿Quizás se puede contagiar, testimoniar...?*

W.K.: Se puede testimoniar, se puede practicar, ejercitar, es decir, eso es interesante, que no se enseña a pensar ni se enseña a desear, pero si vos te pones a pensar en los maestros que fueron tus maestros, los que realmente nos enseñaron algo... yo creo que lo que recordamos de ellos no es tanto lo que nos querían enseñar o lo que de hecho ellos creyeron que nos enseñaron, o lo que reprodujimos en las evaluaciones que nos hacían, sino algo que tiene que ver con lo que hacían y con la manera en que hacían lo que hacían, y con la energía que ponían al hacerlo, con el contagio, si tú quieres, con la inspiración, con un tipo de relación que pasa por la pasión con el pensamiento, con una manera de relacionarse con el pensamiento que uno no va después a copiar o imitar, pero que a uno le inspira, que a uno le hace pensar que vale la pena, que tiene sentido. Entonces lo que a uno lo inspira es un poco eso, es la búsqueda de sentido, encontrarse buscando el sentido que uno percibió que otros buscaban. Y entonces comienza a andar ese camino y andando es que se va haciendo, se va ejercitando.

JP.A.: *Pues bien, avanzando en este desplazamiento que te propuse*

al inicio, adentrémonos un poco en el “con” de la filosofía. Este “con” que es un vínculo propiamente latinoamericano, que surge contigo liderando dicho movimiento. ¿Qué particularidad añade el hecho de que la filosofía sea “con” niños y no “para” niños, en directa alusión a la propuesta de Lipman, o quizás frente a otros nexos, como por ejemplo “desde” los niños.

W.K.: El “con” yo creo que da la idea de una cosa compartida, conjugada, horizontal, una especie de comunión. Compartida en el sentido de hecha en el mismo nivel y de forma cooperativa o a muchos manos, hecha conjuntamente con otros. El “con” tiene el sentido de decir que no hay una cosa previa que sea la filosofía y que, posteriormente, se le va a dar o entregar a los niños. Sin embargo tampoco se trata de que surja exclusivamente de los niños, como podría ser una filosofía “desde” los niños... porque si tomaras ese “desde”, que si bien es interesante, de alguna manera invertirías la relación pero mantendrías algo de la lógica de la exterioridad...

Lo que a mí no me gusta del “para” es justamente que genera una relación de exterioridad con la filosofía, es decir, como si la filosofía fuera una cosa y uno la dispone para los niños, uno se la presenta o la trae...

J.P.A.: *La adecúa a un lenguaje también...*

W.K.: La adecúa, la reconstruye, la traduce... o la enseña... o la aprende si es que uno la toma “desde” los niños, o “desde” la infancia. Entonces ahí yo creo que la relación es la misma, es invertida, pero es la misma relación de exterioridad. Uno puede invertir y privilegiar a los niños y decir que no es que la filosofía va de los adultos a los niños sino de los niños a los adultos, pero es más o menos lo mismo en términos del tipo de relación con la filosofía y con la infancia que se propicia.

La gracia que tiene el “con”, sobretodo cuando se piensa la filosofía como un verbo, como filosofar, como hacer filosofía, es que pone a los dos, o nos pone a todos adentro, es decir, donde pensar es una cosa que hacemos, que compartimos, que no está dada en ningún lado, que no es llevada de ningún lado a otro.

J.P.A.: *Es un por hacer...*

W.K.: Es un por hacer, claro, es como un sentido, una tarea, desiderata, algo que nos acompaña, que nos dice vamos en ese camino, en esa

dirección y la vamos a hacer juntos.

J.P.A.: *Se trataría básicamente de una cuestión comunitaria. Ahora bien, uno podría suponer que “las verdades” (categorías, conceptualizaciones, etc.) que articulan hoy la tradición filosófica fueron descubiertas individualmente por una serie de filósofos a lo largo de la historia. Entonces, si ponemos frente a esa tradición una filosofía que se hace en grupo, o a muchas manos, ¿qué diferencias existirían entre las conceptualizaciones individuales y aquellas que han sido producidas colectivamente?*

W.K.: Yo creo que el hecho de que uno hace eso con otros tampoco significa que la producción de sentido se va a dar sólo grupalmente. Es como una frase que dice mucho David Kennedy, por ejemplo, cuando afirma que “el desafío es pensar por sí mismo con otros”, es decir, de algún modo la búsqueda de sentido es de cada uno y es de todos, es individual y colectiva.

Todos pensamos con otros, no hay cómo pensar solo. La cuestión es cuando uno eso lo hace más explícito, cuando lo reconoce, lo pone sobre la mesa, uno tiene más oportunidad de confrontarse con el otro de su pensamiento, es decir, tiene una posibilidad de abrir el pensamiento a otro pensamiento, o el sentido a otro sentido, aún a los sentidos que te perturban más y que te son más hostiles y que te son más adversos... pero justamente esa es la gracia o el desafío. Los filósofos están tentados a aislarse todo el tiempo, pues aislándose parece más fácil, más rápido, más potente en un sentido, se “piensa mejor”, con comillas bien marcadas. En cambio es mucho más trabajos, demorado, puede ser incluso desgastante e irritante pensar con otros, porque justamente cuando esto tiene gracia es cuando nos encontramos con los que no piensan como uno. El sentido de no estar aislado es que uno se encuentra con un pensamiento más complejo, más expuesto a la diferencia, menos autocentrado.

J.P.A.: *De acuerdo, sigamos avanzando, ahora detengámonos en la infancia, en el “niños y niñas”.*

A diferencia de lo que ocurre con la palabra “Children” de los países anglófonos, o acá mismo en Brasil con la palabra “Crianças”, que denomina genéricamente tanto a las niñas como a los niños, en castellano no poseemos un término similar, haciendo que al hablar de “Filosofía con Niños” quede la sensación de que ese nombre no es suficiente, que se queda corto, que le falta explicitar algo, que es limitado, que allí faltan

las niñas, que los géneros no dan lo mismo. ¿Qué opinas al respecto?, ¿Será que en nuestro idioma da lo mismo llamarle Filosofía con Niños o llamarle Filosofía con Niños y Niñas?, ¿Qué tiene de potente, de posibilitador el mencionar la diferencia?.

W.K.: Yo creo que no da lo mismo, es decir, que es importante marcar la diferencia sobre todo cuando no se la percibe, o cuando se quiere hacer de cuenta que no hace falta diciendo “bueno, es lo mismo, se entiende... niños es en castellano el plural masculino, etc.”, cuando se naturaliza una cosa que es arbitraria, que es construida, que es histórica, y que acompaña ciertos procesos de dominación, de sometimiento... entonces cuánto más se hace ver esa distinción como natural, como normal, más interesante es manifestarla. O sea cuanto más se dice que no pasa nada, que es lo mismo, que no vale la pena, que es trabajoso, que para qué... más interesa mostrar que donde parece haber una cosa, hay por lo menos dos.

Pero claro, esto tampoco es una ley, o sea, yo creo que también en determinados contextos en los que esta diferencia es notoriamente percibida, puede ser menos necesario hacerla notar, puede ser menos significativo... es una cosa de la oportunidad, de ver. Yo creo que el hecho que esté tan naturalizada la adopción del masculino para el masculino y el femenino, es un síntoma de que deba llamarse la atención... que es una cosa que no pasa en otras culturas, en inglés “Philosophy for Children” no tiene esa marca, en portugués “Filosofia para Crianças” no la tiene, en francés “philosophie pour enfants” tampoco la tiene, e italiano “filosofia per bambini” tampoco, entonces en castellano que sí la tiene, creo que puede ser interesante mostrarlo, como una forma de mostrar también una especificidad y una resonancia diferente de algo que específicamente en este lugar tiene sentido ser destacado.

J.P.A.: *Claro, y al destacar esa marca se da también más sentido al “con” de la filosofía, es decir, que el “con” no sólo se realiza “con los mismos”, con la exclusividad de los niños, sino que se hace con todos, también con las niñas...*

W.K.: Claro, sí sí sí, es cierto. Es cierto porque supuestamente el “con” también debería abrigar más diferencia o sería más interesante que abrigara más diferencia.

J.P.A.: *Bien, te quiero llevar a unos terrenos más contingentes, pero haciendo relación con el término “infancia” que nos interesa, pensado desde su etimología como “sin habla” o para designar al que tiene “inca-*

pacidad de hablar”.

Por estos días en Chile se ha dado a conocer públicamente una situación dolorosa y compleja, la violación y embarazo de una niña de once años por parte de su padrastro. Esto, además de poner en escena un problema ético-jurídico que inquieta a los adultos expertos, viene a darle cuerpo a esa negación de la voz de la propia niña, pues aparentemente nadie, ni siquiera su madre, le ha reconocido validez a su voz, a su opinión.

Pensando en esa etimología quizás ésta situación sea una de las formas modernas de su representación... Te pregunto entonces, ¿a qué se refiere esa etimología que define a la infancia como “sin habla”, “sin lenguaje”?

W.K.: La infancia en su etimología es ausencia de lenguaje. Es curioso cómo nace porque es un término que en la Edad Media se usaba no sólo para los que no podían hablar sino para los que no podían testimoniar en su propio favor. Era un término usado en los tribunales incluso, en sentido jurídico, para personas que tenían 14 o 15 años, que podían perfectamente hablar pero no podían testimoniar y entregar su palabra en su propio favor, es decir, que su palabra no contaba jurídicamente.

Entonces yo creo que la infancia es eso, es una categoría política, o sea es una categoría con la que se ejerce la fuerza para dar o para negar la palabra. Creo que infante es aquel a quien le es negada la palabra, pero la palabra en el sentido del decirse a sí mismo, y no sólo con la voz, con el lenguaje hablado, el lenguaje fónico. La infancia es una categoría de silenciamiento, de empequeñecimiento, es una suerte de negación del otro... que siempre es política, es decir, es un ejercicio de poder, es una manera de establecer una relación de poder en la cual uno se atribuye el poder de darle la palabra al otro o de no darle la palabra.

En ese sentido este caso que pasó ahora en Chile, yo creo que es una muestra un poco de eso, donde en el nombre o con el argumento y la excusa de la edad hay toda una serie de dispositivos de silenciamiento... la propia madre... que justificaba el abuso del padrastro...

Entonces esa es la infancia de nuestro tiempo, es la infancia que no puede testificar en su propio favor porque a nadie le interesa lo que piensa una niña, todo el mundo piensa por la niña, todo el mundo piensa para la niña.

J.P.A.: *Por eso llama la atención cuando esa infancia también se rebela, porque, yo creo, que siempre está la posibilidad de que esa infancia se rebela. Se me viene a la mente un par de casos, por lo pronto los estudiantes secundarios en Chile que alzan su voz desde hace ya varios años, o un “fenómeno” de internet, donde hace un tiempo circula el video de una niña de 12 años que, en una cumbre de la ONU realizada precisamente acá en Río de Janeiro, habla frente a líderes mundiales y “hace que el mundo se quede en silencio” parafraseando el título del video (“La niña que silenció al mundo” es el título con el cual se difundió). Y a mi me parece que el video muestra a una niña pensando y diciendo lo que a ella le parece que tiene sentido decir, nada más ni nada menos... sin embargo como esa voz, la de las niñas y niños, ha sido una voz invisibilizada o acallada por los adultos, llama excesiva y sorprendentemente la atención el prestarle oídos.*

Quando hablamos de infancia también se me viene a la mente la vida militar, pues allí encontramos las “Infanterías”, es decir, un modo de pertenecer a un lugar donde no hay posibilidad de discutir o cuestionar la orden que viene de arriba, donde se da un modo de silenciamiento de la voz. Sin embargo, insisto, siempre está latente la posibilidad de rebelarse... aunque el costo parezca demasiado caro. Por último, uniéndolo con los movimientos sociales que acá en Brasil están ocurriendo actualmente... ¿uno podría decir que estamos en presencia de algo así como una “infancia social” rebelándose, que se cansó de que su voz no sea escuchada?

W.K.: Claro, es cierto, hay gente que tradicionalmente o está legitimado que no puede hablar o que no tiene lugar para hablar y de repente empieza a hablar... y cuando la gente empieza a hablar, a sentir el poder que tiene su voz, no hay cómo pararla. Eso es lo que está pasando aquí también, la gente empezó pidiendo por un boleto de ómnibus, un aumento habitual, relativamente pequeño, “natural”, pero gracias al reclamo rápidamente las autoridades volvieron atrás el aumento que habían hecho, pensando que con eso iban a calmar a la gente y la gente comenzó, al contrario, a tomar conciencia de que su palabra tiene un poder, tiene un peso, tiene voz y ya no paró más de protestar y las protestas llegan cada vez más hondo.

Entonces yo creo que sí, que es un poco eso, y volviendo al inicio, creo que la fuerza de poner juntos a la filosofía y a la infancia es mutua, es decir, porque la filosofía se infantiliza, en el sentido de dejar de ser autosuficiente, comienza a sentir la necesidad de otras voces, se recrea,

renace. Y la infancia porque justamente toma el poder de la palabra, toma el poder del pensamiento, toma el sentido de lo que significa hacerse cargo de la propia voz y bueno... esta es una tarea que no se sabe adónde llega, es decir, eso es lo interesante también.

A veces se dice que se enseña filosofía para formar ciudadanos críticos o democráticos o tolerantes... yo creo que todo eso es el mismo discurso en el fondo, el mismo discurso nuestro, legitimador, legitimante, que en el fondo sólo se proyecta a sí mismo, es decir, "nosotros ya sabemos lo que es bueno para los niños, entonces queremos que sean eso..." que es justamente todo lo que nosotros no somos... ciudadanos, tolerantes, democráticos.

En filosofía con niños la gracia es que el poder del pensamiento escapa, son los niños los que van a decir qué van hacer de la filosofía, qué van hacer con ese espacio de pensamiento, y hasta donde y en qué sentido les interesa pensar. Y nosotros, ojalá tengamos la fuerza y la sensibilidad para acompañar en eso y nada más.

J.P.A.: Nos hemos extendido bastante ya, así que para ir finalizando esta conversación, como dijimos al comienzo, un par de preguntas que tienen que ver con una preocupación de los profesores que quieren iniciar talleres de filosofía con niños y niñas, y cuyas inquietudes parecen legítimas considerando que a diario tienen entre 30 a 40 alumnos en la sala de clase, por lo tanto no saben cómo hacerlo y andan buscando métodos, estrategias, didácticas, etc. Entonces te pregunto directamente: ¿se trata de métodos la filosofía con niños y niñas, tiene algo que ver con métodos?.

W.K.: No, no tiene nada que ver con métodos, o sea, el método es el de cada uno. Y en otro sentido tiene todo que ver, es decir, en otro sentido la filosofía es un método. No hay método fuera de la propia filosofía. El tema es que también no hay método fuera del propio pensamiento y entonces no hay quien pueda pensar por otros, por lo tanto no hay quien pueda pasar un método hacia otro, no hay método para aprender a pensar, no hay método para inscribirse en el pensamiento, para aprender a preguntar... porque en realidad la gracia de la filosofía no está en el cómo se hace, la gracia de la filosofía no está en la manera en que se transita el camino del pensamiento, sino en los efectos que ese tránsito produce. Entonces los caminos son los de cada uno, es decir, cada uno encuentra su propio camino. Lo que uno puede hacer es compartir y generar ciertas condiciones para que quien quiera pensar

junto a nosotros pueda hacerlo. No hay cómo decirle a uno cómo pensar, y esas preguntas que son las más urgentes son siempre las últimas, las más indigestas, las que nadie puede responder por otros. Hacerse cargo de la filosofía es, en cierta medida, hacerse cargo de encontrar el propio método para pensar.

J.P.A.: *Mencionaste que lo importante no es la manera en que se transita sino “los efectos que ese tránsito produce”... Entonces, en relación con eso, y con esta pregunta cerramos nuestra conversación, ¿es posible evaluar “los efectos que ese tránsito produce”?, ¿tiene sentido una evaluación dentro de la filosofía?, ¿cómo se puede hacer?*

W.K.: Y en un sentido sí... depende en qué sentido lo preguntas. En el sentido más interesante, más profundo de la palabra evaluación sí, porque evidentemente uno puede marcar, uno puede evaluar, valorizar, dar valor a los efectos de ese tránsito a partir, justamente, de lo que provoca en la vida de una persona. Dicho de otro modo, uno puede ver la diferencia entre una vida con y sin filosofía, tranquilamente... ¿y cómo no marcar eso?... Pero por otro lado si uno tiene que hacer una evaluación, poner una nota, la misma para todos, a determinado día del año, para ver las cosas cognitivas que han aprendido, o lo que pueden decir de esto o de aquel filósofo, en ese caso se trata de una banalización de la filosofía y del propio proceso de valorización.

Entonces en un sentido es lo más evaluable y necesita ser evaluado, pero en otro sentido si se hace de esa evaluación un dispositivo escolar para medir y para poner una nota de un rendimiento y qué se yo, la evaluación se banaliza.

J.P.A.: *Lo que no quiere decir que esa evaluación sea una tarea exclusiva del profesor... ¿quizás podría, o debería, ser una evaluación que se comparte?*

W.K.: Sí, pero en realidad hay que ver a quién le interesa evaluar... porque normalmente al que le interesa evaluar es al profesor...

J.P.A.: *O a la institución que obliga al profesor...*

W.K.: O la institución que obliga al profesor claro, es decir, si la institución obliga al profesor y el profesor obliga a los alumnos a autoevaluarse para que participen, para, digamos, “compartir la culpa” con los alumnos... no sirve de mucho. Ahora si el profesor de verdad está interesado en otorgar un cierto valor a lo que se hace para ver en qué medida esto tiene sentido o no, bueno, si es así probablemente todos

quieran hacer eso.

Pero como en las otras cosas, la cuestión de fondo es de sentido, la cuestión no es tanto cómo se evalúa sino para qué se evalúa y eso es lo que define el interés filosófico o no de evaluar.

Río de Janeiro, 18 de Julio de 2013